

ML410

.W1

A296

1908

v. 2

0136-86760



FONDO
PEREZ MALDONADO

TANNHAUSER

ÓPERA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

HERMAN, landgrave de Turingia.

TANNHAUSER.

WOLFRAM DE ESCHENBACH.

WALTER DE LA VOGELWEIDE.

BITEROLF.

ENRIQUE, escribano.

REIMAR DE ZWETER.

ISABEL, sobrina del landgrave.

VENUS.

UN JOVEN PASTOR.

Caballeros, condes y nobles de Turingia.—Damas.—Pajes.—Peregrinos jóvenes y ancianos.—Sirenas, náyades, ninfas, bacantes.

} Caballeros y cantores.

—
La escena pasa en Turingia, Wartburgo, á principios del siglo XIII.



ACTO PRIMERO

La escena representa el interior del palacio de Venus.

En el fondo una vasta gruta que, torciendo á derecha, parece perderse en lontananza. En la parte más lejana del fondo, un lago azul, donde aparecen varias náyades nadando, y en sus elevadas orillas, algunas sirenas recostadas. En primer término, á la izquierda, Venus, tendida sobre un lecho, y ante ella, Tannhauser casi de rodillas y reclinada en su seno la cabeza. Alumbra la gruta rosada claridad. Algunas ninfas, danzando, ocupan el centro. En los ribazos, á uno y otro lado de la gruta, varias parejas amorosas que, una en pos de otra, van á tomar parte en el baile de las ninfas. Del fondo sale un grupo de bacantes, arrebatadas por una danza desordenada y ruidosa, y atraviesan, con gestos de embriaguez, los grupos de ninfas y amantes, tumultuosamente. Al rumor de la danza, cada vez más desenfrenada, contesta en el fondo, como un eco, el canto de las sirenas.

ESCENA PRIMERA

CANTO DE LAS SIRENAS.—Acercaos á la orilla, acercaos á tierra, donde en brazos de ardiente amor, calme vuestros deseos delicioso fuego.

(Los danzantes se detienen formando un grupo apasio-

nadísimo, y prestan oído al canto. Reanúdase luego la danza, con el mayor delirio. En el paroxismo de esta embriaguez y del furor bacanal, déjase sentir repentina languidez que lo invade todo. Las amorosas parejas se apartan poco á poco de la danza yendo á tenderse, fatigadas, sobre el ribazo. El grupo de bailables desaparece hacia el fondo, donde comienzan á extenderse gradualmente densos vapores que, invadiendo luego el proscenio, velan, como entre nubes, los grupos de durmientes. La parte visible de la escena libre acaba por reducirse así á un espacio estrecho, donde quedan aislados Venus y Tannhauser en su primitiva actitud. A lo lejos resuena el canto de las sirenas.)

ESCENA II

VENUS, TANNHAUSER

(Tannhauser levanta la cabeza, estremeciéndose, cual si despertase de un ensueño. Venus le atrae con caricias. Tannhauser lleva su mano á los ojos, como procurando retener la imagen soñada).

VENUS.—Díme, amor mío, ¿en qué piensas?

TANNHAUSER.—¡Basta! ¡basta ya! ¡despertemos!

VENUS.—Díme, ¿qué te preocupa?

TANNHAUSER.—Estaba soñando, parecíame escuchar lo que tanto tiempo há dejó de embelesar mis oídos! ¡creía oír los alegres tañidos de las campanas! ¡ah! ¿cuánto tiempo hace que no los oigo?

VENUS.—¡Qué desvarío! ¡qué ideas tan raras!

TANNHAUSER.—No puedo medir el tiempo que he permanecido á tu lado: días, meses, ya no los hay para mí, pues ni veo el sol, ni las bellas constelaciones del cielo, ni el florido césped, cuyo fresco verdor anuncia la llegada del verano; ni trina

ya el ruiseñor, mi mensajero de la primavera. ¿No volveré á oír, ni á ver esas cosas?

VENUS.—¿Qué dices? ¡qué insensatas quejas! ¿Tan presto te fatigaron las suaves maravillas que te ofrece mi amor? ¿ó bien echas de menos no ser un dios? ¿has olvidado tan pronto lo que antes sufrías, y las delicias que ahora gozas? ¡Ea, en pie, cantor mío! ¡coge tu arpa y celebra el amor; cantas con tal perfección, que has esclavizado á su misma diosa! ¡Celebra el amor, ya que conquistaste su más sublime premio!

TANNHAUSER (con varonil resolución, coge el arpa y colocándose con solemnidad ante Venus).—«¡Gloria á ti, loor á las maravillas que tu poderío creó para mi ventura! ¡Sean exaltadas en jubiloso canto, las delicias que tu gracia vertió para mí! ¡Avido de placer y supremo deleite, mi corazón languidecía y mi alma moría de sed, y entonces, lo que sólo habías otorgado á los dioses, lo concediste á mí, á un mortal! Pero ¡ay! mortal he quedado y tu amor abrumba mi debilidad; si un dios puede amar siempre, yo me veo sometido al cambio. ¡No le basta á mi corazón el placer; después de los goces, anhelo las penas; he de huir de tu imperio! ¡Oh reina! ¡oh diosa! déjame partir.»

VENUS (sin mudar de actitud).—¡Qué pensamientos, qué endechas me diriges! ¡qué tristes acentos oscurecen tu voz! ¿qué se ha hecho del entusiasmo que sólo te inspiraba cantos de voluptuosidad? ¿qué tienes? ¿qué negligencia reprochas á mi amor? ¿de qué me acusas, amado mío?

TANNHAUSER (modulando en su arpa).—«¡Gracias sean dadas á tu bondad! ¡loado sea tu amor! ¡venturoso para siempre quien permanezca á tu lado! ¡para siempre envidiado aquel cuyos ardientes deseos participen en tus brazos del fuego divino! Las maravillas de tu imperio embriagan; aquí respiro el encanto de todos los placeres. Nin-

guna comarca de la tierra ofrece encanto igual; sus riquezas merecen tus desdenes. Pero yo, en medio de esta rosada atmósfera, echo de menos el hálito de los bosques, el límpido azul de nuestro cielo, el verdor de nuestras frescas praderas, el canto amado de nuestros pájaros, el familiar sonido de nuestras campanas. He de alejarme de tu imperio ¡oh reina! ¡oh diosa! ¡déjame partir!»

VENUS (levantándose enojada).—¡Infiel! ¡malhadado! ¿qué osas proferir? ¿no temes despreciar mi amor? ¿lo elogias y sin embargo ansías abandonarlo? ¿estás harto de mis atractivos?

TANNHAUSER.—¡Bella diosa! ¡no te enojés! ¡Mi deseo es libertarme de tus hechizos que me matan!

VENUS.—¡Ay de ti! ¡traidor! ¡hipócrita! ¡ingrato! ¡no te dejaré partir! ¡no me abandonarás!

TANNHAUSER.—Nunca mi pasión fué mayor, ni más verdadera que ahora, cuando debo alejarme de ti por toda la eternidad.

(Venus, con un ademán de cólera, vuelve el rostro, ocultándolo entre sus manos, y luego, fija su mirada en Tannhauser, risueña y seductora.)

VENUS (comenzando á media voz).—¡Ven, amado mío! ¿Ves, allá en el fondo, velada la gruta por las blandas espirales de rosados vapores? Hasta un dios anhela morar en esta mansión de suavísimas voluptuosidades; reclinado en el más blando almohadón, aléjese de tus miembros el dolor amortiguado; revolotee en derredor de tu abrazada frente fresco aliento; invada tu corazón delicioso fuego. Seductoras melodías me invitan á enlazarte en tierno abrazo; vas á libar, en mis labios, el divino néctar; de mis ojos brotan para ti mil deleites. Nazca de nuestros lazos una fiesta de placer, y celebremos, gozosos, las solemnidades de nuestra pasión. ¡No sea tu ofrenda mezquina, no! embriégate en voluptuosidades con la diosa del amor.

LAS SIRENAS (en lontananza, invisibles).—¡Acercaos á la orilla, acercaos á la playa!

VENUS (atrayendo suavemente á Tannhauser).—¡Amado mío! ¡mi bien! ¿quieres dejarme?

TANNHAUSER (en el paroxismo de la exaltación, coge el arpa con trémula mano).—«Para ti, para ti sola resonaron siempre mis cantos! ¡sean siempre un himno esplendente á tu divinidad! Tu gracia encantadora es fuente de toda belleza, y son tus obras las más suaves maravillas. Surja, resplandezca y brille para ti sola el juego que infundiste en mi corazón. Sí; en adelante quiero ser su valiente campeón contra el universo entero. Mas, déjame volver al mundo terrestre; junto á ti, no puedo ser más que un esclavo; aspiro á la libertad, la quiero, la ansío. He de afrontar combate y lucha, aunque me esperasen al fin la derrota, la muerte. Por eso he de huir de tu imperio. ¡Oh reina! ¡oh diosa! ¡déjame partir!»

VENUS (en un arrebato de cólera).—¡Parte, insensato, parte al fin! ¡Vete, traidor; ya no te detengo! Libre eres; parte, parte; séate otorgado el destino que pretendes. Vuelve al lado de los hombres de frío corazón; sus vanas, necias y lúgubres creencias obligaron á los dioses de la alegría á huir hasta el seno profundo y tibio de la tierra. ¡Parte, iluso, en busca de tu salvación, sin encontrarla jamás! ¡A los que combatiste, á los que sufrieron los ultrajantes destellos de tu orgullo, vé á suplicarles; vé á implorar favor á aquellos sitios testigos de tus desprecios! ¡Entonces florecerán tu miseria y tu oprobio; desterrado, maldito, arrastrarás en pos de ti los desdenes! Ya te veo aparecer quebrantado, pisoteado, lleno de polvo, humillada la frente. «¡Ah! si volviesses á encontrar á la que antes te sonreía! ¡ah! ¡si volviessen á abrirse para ti las puertas de sus esplendores!» Helo aquí, yaciendo junto al umbral, donde antes manaba para él á raudales la felicidad;

ahora, el compañero de antes, suplica, y pordiose, no amor, sino compasión. ¡Atrás, mendigo! ¡mi imperio, cerrado para siempre á los esclavos, sólo se abre á los héroes!

TANNHAUSER.—Mi valor te evitará la pena de verme regresar deshonrado. ¡Parto para siempre, adiós! ¡Jamás la diosa me verá volver!

VENUS.—¡Cómo! ¿no volverás? ¿qué he dicho yo y qué dice él? ¿Cómo explicar estas palabras y cómo comprenderlas? ¡mi amado abandonarme para siempre! ¿qué crimen cometí? ¿La diosa de la gracia se vería arrebatar el gozo de perdonar á su amado? ¡Yo que antes, con ávido oído, escuchaba, sonriendo en tu llanto, tus fieros acentos, mudos harto tiempo hacía! ¿Podrías soñar siquiera que fuese insensible á los plañideros suspiros de tu alma? ¡No me hagas pagar el supremo consuelo que hallé en tus brazos, con tus desdenes, por el consuelo que te reservo! ¡Si no volviesses ¡ay! el mundo sería maldito, convertido para siempre en tétrico desierto, abandonado por la diosa! ¡Vuelve, vuelve á mí; confía en los favores de mi amor!

TANNHAUSER.—Quien renuncia á ti, diosa, renuncia para siempre á todo premio.

VENUS.—No opongas el orgullo á tus deseos, si éstos te llevan hacia mí.

TANNHAUSER.—Mis deseos me impelen al combate; no busco ya delicias y placer. Escucha y comprende, ¡oh diosa! ¡mis deseos me inducen á la muerte!

VENUS.—¿Y si la muerte huye de ti, si te niega una tumba?

TANNHAUSER.—La muerte, la tumba en el corazón, hallaré el reposo en la penitencia.

VENUS.—¡Nunca lograrás el reposo! ¡ni alcanzarás la salvación! ¡Vuelve á mí, si buscas la paz! ¡si buscas la salvación, vuelve á mí!

TANNHAUSER.—¡Diosa de la voluptuosidad... mi

paz, mi salvación no están en ti; sino en María!

(Oyese un gran estrépito. Venus desaparece.)

ESCENA III

(Tannhauser se encuentra de repente en un hermoso valle, bajo azulado cielo. A la derecha, en el fondo, Wartburgo; á la izquierda, y más lejos, el Herselberg. A derecha, en mitad del valle, un sendero que conduce al proscenio, formando recodo; en el mismo término una imagen de la Virgen, á donde se sube por una colina. En lo alto, á la izquierda, óyense las esquilas de un rebaño; en un borde escarpado, un joven pastor canta, y toca una zampoña.)

EL PASTOR.—La señora Holda ha salido de la montaña para recorrer campos y praderas; ha encantado mis oídos suave melodía, mis ojos han deseado ver. Hechiceras imágenes embellecían mi ensueño, y apenas abrí los ojos, vi brillar los tibios rayos del sol. Había llegado Mayo, el florido Mayo. Ahora, taño mi zampoña. Llegó Mayo, llegó el hermoso Mayo.

(Siguen tañendo la zampoña. Oyese el canto de los peregrinos ancianos, que vienen del lado de Wartburgo y costean á derecha el largo sendero de la montaña.)

LOS PEREGRINOS ANCIANOS.—¡A ti me dirijo, Señor, en ti cifra el pecador su esperanza! ¡Alabada seas, dulce y pura Virgen; acoge propicia nuestra romería! ¡Ah! ¡cuánto me abrumba la carga de mis pecados! ¡ya no puedo soportarla más! Por eso renuncio á la paz y al reposo, y me entrego con ardor á la fatiga y á los sufrimientos. ¡Voy á rescatar mis pecados en la augusta fiesta del jubileo! ¡Bendito el hombre que sabe permanecer fiel á la fe; salvado será por la penitencia y el arrepentimiento!

(El pastor, que continuaba tocando la zampoña, se detiene al llegar ante él la procesión de los peregrinos.)

EL PASTOR (agitando su sombrero y llamando á los peregrinos).—¡Protéjaos Dios! ¡Proteja vuestra preregrinación! ¡Rogad por mi alma!

TANNHAUSER (vivamente conmovido y doblando las rodillas).—¡Gloria á ti, Todopoderoso! ¡Augustos son los milagros de tu gracia!

(Los peregrinos van alejándose, y su canto extinguiéndose gradualmente.)

LOS PEREGRINOS.—¡A ti, me dirijo, Señor! ¡en ti cifra el pecador su esperanza!

TANNHAUSER (arrodillado y como absorto en ferviente plegaria).—¡Ah! ¡cuánto me abruma la carga de mis pecados! ¡no puedo soportarla más! ¡por eso renuncio á la paz, al reposo, y me entrego con ardor á la fatiga y á los sufrimientos!

(Los sollozos embargan su voz. Oyese, á mayor distancia, el canto de los peregrinos, que acaba por extinguirse completamente. En tanto, del fondo de la escena, y del lado de Eisenach, suena el doblar de las campanas de la iglesia. Callan éstas, luego, y oyese á la izquierda el són de las trompas.)

ESCENA IV

(De un bosque que cubre la falda de la colina, á la izquierda, van saliendo, uno á uno, por el sendero, el landgrave y los cantores, en traje de caza. En el decurso de la escena todo el cortejo del landgrave se encuentra sucesivamente reunido en el proscenio.)

LANDGRAVE.—¿Quién es ese, tan abstraído en su plegaria?

WALTHER.—Un penitente sin duda.

BITEROLF.—Por el traje, parece un caballero.

WOLFRAM.—(aproximándose á Tannhauser y reconociéndolo).—¡Es él!

LOS CANTORES Y EL LANDGRAVE.—¡Enrique! ¡Enrique! ¡no es un sueño!

(Tannhauser, que se ha estremecido de sorpresa, ya re- puesto, se inclina silencioso ante el landgrave, después de haber dirigido una rápida mirada á éste, y á los cantores.)

LANDGRAVE.—¿Eres tú? ¿vuelves al lado de los que tan orgullosamente abandonaste?

BITEROLF.—Habla ¿qué nos presagia tu regreso? ¿paz ó combate?

WALTHER.—¿Vuelves como amigo ó como enemigo?

LOS DEMÁS CANTORES (excepto Wolfram).—¿Como enemigo?

WOLFRAM.—¡Inútil pregunta! ¿es acaso orgullosa su actitud? Salud, valiente cantor, por harto tiempo ausente de nuestro lado.

WALTHER.—Bienvenido seas, si llegas como amigo.

TODOS LOS CANTORES.—¡Salud! ¡salud á ti!

LANDGRAVE.—¡Bienvenido seas también para mí! Habla; ¿dónde has permanecido en tu larga ausencia?

TANNHAUSER.—He andado errante por comarcas lejanas, muy lejanas, por lugares donde no encontré paz, ni reposo. ¡No me interroguéis! ¡No vengo á combatir contra vosotros! Quede todo olvidado y dejadme partir.

LANDGRAVE.—No tal; nos perteneces de nuevo.

WALTHER.—No partirás.

BITEROLF.—No lo permitiremos.

TANNHAUSER.—¡Dejadme! No hay lugar fijo para mí, ni me es dado ya reposar; mi sino me impele sin cesar adelante, sin que pueda dirigir atrás la mirada.

LANDGRAVE Y CANTORES.—Quédate, quédate entre nosotros. ¡Es forzoso! ¡no te dejaremos mar-

char! ¿Por qué anhelas abandonarnos, después de tan breve regreso?

TANNHAUSER (desasiéndose de sus brazos).—¡Lejos, lejos de aquí!

CANTORES.—Quédate, permanece entre nosotros.

WOLFRAM (colocándose ante Tannhauser y alzando la voz).—¡Quédate junto á Isabel!

TANNHAUSER (vivamente conmovido y gozoso).—¡Isabel! Celeste potencia: ¿eres tú quien pronuncia este nombre encantador?

WOLFRAM.—No creo que me llames tu enemigo, después de haberlo pronunciado. ¿Me permites, señor, que sea mensajero de su ventura?

LANDGRAVE.—Refiérole el encanto que ha ejercido, y préstele Dios virtud para rematar la obra con bien.

WOLFRAM.—Luchabas así valerosamente contra nosotros; ora tus cantos victoriosos triunfaban de los nuestros, ora nuestro arte vencía el tuyo. Había, sin embargo, un premio, que sólo tú ganaste. ¿Debíase á un hechizo, ó á un poder inocente el que tu canto, lleno de voluptuosidad y sufrimiento, hubiese subyugado á la más virtuosa doncella? Desde que nos abandonaste orgulloso, su corazón se cerró á nuestras quejas, sus mejillas palidieron, y triste, marchita, se alejó para siempre de nuestras reuniones. ¡Ah! vuelve, eminente cantor, vuelve á unir á la nuestra tu voz; que no falte en lo sucesivo en nuestras fiestas; que su estrella luzca de nuevo á nuestras miradas.

CANTORES.—¡Sé de los nuestros, Enrique, vuelve á nosotros! ¡renunciemos á la discordia, y al combate! resuenen juntos nuestros cantos y en lo sucesivo llamémonos hermanos.

TANNHAUSER (conmovido, abrazando á Wolfram y á los cantores con viveza).—¡A su lado! ¡á su lado! llevadme á su presencia. Sí; ¡ahora reconozco el mundo magnífico que antes desdeñara! El cielo me concede su mirada; los campos desplie-

gan altivos sus ricos adornos! La primavera, de mil encantadores frutos, penetra en mi alma, ebria de alegría; mi corazón, impetuoso y blandamente agujoneado, clama en alta voz: ¡por ella! junto á ella... quiero vivir...

LANDGRAVE Y CANTORES.—Ya vuelve á nosotros el ausente! ¡un milagro nos lo trae! ¡Gloria á ti, gracioso hechizo, gloria á ti, que conjuraste su orgullo! ¡En lo sucesivo, el objeto de nuestras alabanzas vuelva á escuchar nuestros cantos inspirados! ¡Resuenen voces de júbilo, surja el canto de todos los pechos!

(El landgrave toca la trompa de caza, contéstanle los cazadores con las suyas. Landgrave y cantores montan en los caballos que los han traído de Wartburgo.)





ACTO II

La sala de los cantores en Wartburgo.—En el fondo, la vista abarca sin obstáculo todo el recinto de la ciudad y todo el valle.

ESCENA PRIMERA

ISABEL (entrando gozosa y agitada).—De nuevo os saludo, amadas bóvedas; os saludo con júbilo, queridas paredes. Aquí se elevan sus cantos; aquí me despiertan de un sombrío ensueño. Cuando os abandonó ¡cuán desiertas me parecisteis! ¡Huyó de mí la paz; y de vosotras el gozo! Ahora mi pecho respira y se eleva, y vosotras parecéis recobrar vuestro augusto y fiero aspecto. Quien nos devuelve la vida, va á llegar, se acerca. ¡Bóvedas amadas, yo os saludo!

(Aparecen en el fondo Wolfram y Tannhauser).

WOLFRAM.—Hela aquí; acércate sin temor.

(Permanece en el fondo, apoyado en la balaustrada).

TANNHAUSER (precipitándose impetuosamente á los pies de Isabel).—¡Princesa!

ISABEL (conmovida y trémula).—¡Gran Dios! ¡Levantaos! ¡dejadme! ¡no puedo veros aquí!

(Intenta alejarse).

TANNHAUSER.—¡Sí, puedes! Quédate y déjame postrado á tus plantas.

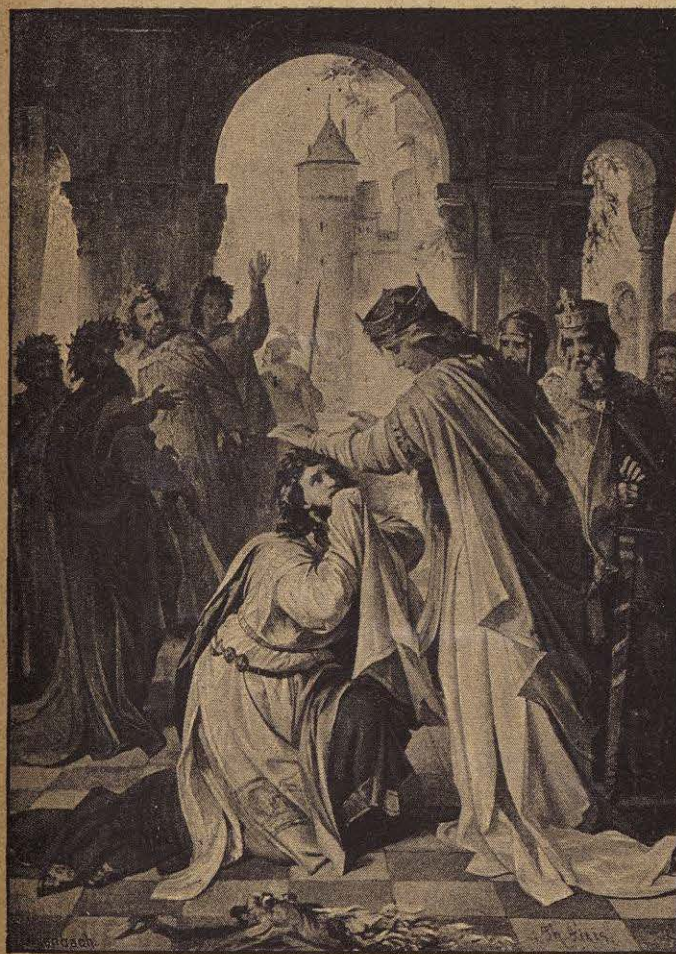
ISABEL (contemplándole con ternura).—¡Levantaos! ¡No debéis arrodillaros aquí, pues esta sala es vuestro reino! ¡Levantaos! ¡Bienvenido seáis! ¿dónde habéis permanecido en vuestra larga ausencia?

TANNHAUSER (levantándose lentamente).—¡Muy lejos de aquí, en recóndita comarca! El olvido ha corrido su tupido velo entre ayer y hoy. Todo, en un momento, se ha borrado de mi memoria, y sólo queda vivo un recuerdo: que no esperaba volveros á saludar, ni alzar á vos mis ojos.

ISABEL.—¿A qué se debe, pues, vuestro regreso?

TANNHAUSER.—A un milagro; á un augusto é incomprensible milagro.

ISABEL (en un arranque de gozo).—Gracias sean dadas á este milagro, desde el fondo de mi corazón. (Conteniéndose de repente; y siguiendo, perpleja.) ¡Perdonad! ¡no sé lo que me digo! Soy juguete de un ensueño, y más débil de espíritu que un niño, me veo entregada, impotente, á la fuerza de los milagros. Apenas acierto á reconocerme actualmente; auxiliadme, ayudadme á descifrar el enigma de mi corazón. Antes, complácime en oír, sin cesar, las nobles melodías de los cantores; sus endechas, sus alabanzas parecíanme delicioso juego. Pero ¡qué vida tan extrañamente nueva hizo brotar vuestro canto en mi seno! Sentíalo, á veces, atravesarme como un dolor, ó bien penetrarme con repentina voluptuosidad; ¡sentía lo que jamás sentí! ¡deseaba lo que nunca había deseado todavía! ¡Lo que antes me era apetecible, había cedido el paso á las delicias que aun no



sabía nombrar! y cuando os hubisteis alejado... paz, gozo, todo me abandonó; las melodías que entonaban los cantores parecíanme tristes; sus pensamientos, siniestros; turbaban mi sueño sordos dolores; siempre en vela, mi vida era lúgubre delirio; la alegría había desertado de mi corazón. ¿Qué prodigio habíais obrado en mí, Enrique?

TANNHAUSER (con entusiasmo).—Al dios del amor, no á mí debes acatar; él tocó las cuerdas de mi corazón; él te hablaba por mis melodías; él me trae de nuevo junto á ti.

ISABEL.—Bendita sea la hora, bendito el mágico influjo, que me aportó la noticia, la deliciosa noticia de vuestra llegada. Rodeado de claridad encantadora sonrío el sol á mis ojos, y despertando á vida nueva, digo á la felicidad: ¡mía eres!

TANNHAUSER.—Bendita sea la hora, bendito el mágico influjo que me aportó la noticia brotada de tus labios. Siéntome renacer y puedo consagrarme animoso á la vida. Con gozoso estremecimiento, digo á su más espléndida maravilla: ¡mía eres!

WOLFRAM.—De esta suerte me abandona el último destello de esperanza.

(Tannhauser, separándose de Isabel, se aproxima á Wolfram, le abraza y se aleja con él).

ESCENA II

Entra el landgrave por una puerta lateral.—Isabel se dirige rápidamente á su encuentro, y reclina la cabeza en su seno.

LANDGRAVE.—¿Por fin te encuentro en esta sala que por tan largo tiempo dejaste desierta? ¿cedes al atractivo de la fiesta de cantores que preparamos?

ISABEL.—¡Querido tío! ¡padre amado!

LANDGRAVE.—¿Llegó ya la hora de las confidencias?

ISABEL.—¡Lee en mis ojos! ¡no puedo hablar!

LANDGRAVE.—Guarda, pues, encerrado algún tiempo tu secreto y permanezca íntegro el hechizo, hasta que tengas suficiente fuerza para romperlo. Sea así. El prodigio que el canto preparó y despertó en tu corazón, el canto lo descubrirá también, coronando y rematando la obra. Truéquese el juego poético en acción y vida. (Oyese son de las trompetas.) Ya se aproximan los nobles de mis dominios, invitados por mi orden á fiesta. Acuden en mayor número que nunca, pues saben que eres la reina del certamen.

ESCENA III

Clarines y trompetas.—Condes, caballeros, damas nobles ricamente ataviadas, entran, precedidas de pajes.—El landgrave é Isabel los reciben y saludan.

CORO.—Saludamos con gozo la noble estancia; sea por largo tiempo albergue del arte y de la paz, y resuene en su recinto este grito de júbilo: Salud, príncipe de Turingia, landgrave Herman. Damas y caballeros han ido ocupando elevados sitios y formando un amplio semicírculo. El landgrave é Isabel ocupan en el proscenio un asiento de honor, colocado bajo dosel. Trompetas. Entran los cantores y saludan con solemnidad á la asamblea, yendo á sentarse, en el espacio libre del proscenio, y formando un semicírculo, en los taburetes que tienen destinados; Tannhauser á la izquierda del proscenio y Wolfram á la derecha, miran de frente á la asamblea.

LANDGRAVE (levantándose).—Esta sala oyó no pocas veces brotar de vuestros labios, amados cantores, preciosas melodías; y con ingeniosos enigmas, y gozosas canciones, vuestro numen, siempre simpático, regocijó nuestro corazón... Cuando nues-

tra espada, en graves y sangrientos combates, sostenía la majestad del imperio alemán, cuando resistíamos al furor de los Güelfos y rechazábamos la fatal discordia, conquistasteis también nobles lauros. La gracia y urbanidad de la vida, la virtud y la verdadera fe han alcanzado por vuestro arte magnífica y excelsa victoria. Ofrecednos pues hoy á nosotros también una fiesta, hoy que nos ha sido devuelto el insigne cantor, tanto y tan largo tiempo deseado. ¿A qué debemos su vuelta? Para mí es un misterio. A vosotros toca descifrarlo por el arte del canto. Oíd, ahora, la cuestión que os someto: ¿podrías profundizar la naturaleza del amor? Quien tal pueda, quien más dignamente cante el amor, recibirá el premio de manos de Isabel; por elevada, por atrevida que sea su petición, me obligo á cumplirla. Adelante, cantores amados, preludiad en vuestros instrumentos. Planteado está el problema; disputaos el premio y recibid de antemano la expresión de nuestro agradecimiento.

(Trompetas).

CORO DE CABALLEROS Y NOBLES DAMAS.—¡Salud! ¡salud! ¡príncipe de Turingia! ¡salud al protector del gracioso arte! ¡salud!

Siéntanse todos. Cuatro pajes se adelantan; recogen en una copa de oro, de mano de cada cantor, su nombre escrito en un billete; después, presentan la copa á Isabel, que saca uno de los billetes y lo da á los pajes. Estos, después de leído el nombre, se dirigen solemnemente al centro del proscenio y dicen:

LOS CUATRO PAJES.—Comience Wolfram de Eschenbach.

(Tannhauser se apoya en su arpa, como abstraído por completo. Wolfram se levanta).

WOLFRAM.—Al recorrer mis miradas esta augusta asamblea, arde en mi corazón noble entusiasmo! ¡Tantos héroes, prudentes y valerosos, flor de Alemania, bosque de encinas, altivo y majes-